

Pedagogía del trabajo

Víctor A. Korniejczuk

Situación actual: diagnóstico social

¿Por qué hay tantos jóvenes adultos sin trabajo, muchos de ellos muy capacitados?

Existe una creciente tendencia observable en la sociedad occidental de ciertas dificultades de inserción laboral de los adultos jóvenes graduados universitarios. Los jóvenes se sienten sobrecapacitados para empleos de menor rango, a la vez que no tienen motivación por conseguir trabajo. Son generalmente solteros, sin compromiso ni interés por formar su hogar, puesto que son financieramente dependientes de sus padres. Suelen tener sobrepeso y manifestar adicción por la computadora, la internet o los juegos electrónicos. Esta realidad tiene implicaciones sociales, familiares, escolares y laborales, entre otras, que hemos de analizar desde una cosmovisión cristiana de la educación.

En un artículo publicado en el New York Times, Krueger (2004) se refirió a una tendencia creciente entre los hombres en edad de trabajo que no trabajan ni estudian. En 1967 constituían un 2.2% de ese segmento poblacional, porcentaje que trepó alcanzando un 8% en 2002. El número de hombres sin trabajo a largo plazo creció a un ritmo mayor que el de los discapacitados durante los últimos años. Otro artículo publicado en Gran Bretaña (McDonald y Wood, 2008) discute el impacto de la crisis financiera sobre los jóvenes de ese archipiélago. Los jóvenes de entre 20 y 35 años, académicamente preparados, pero que han acumulado niveles significativos de hipoteca y deudas por préstamos estudiantiles, son los que tienen mayor probabilidad de sufrir el desempleo con el agravamiento de la crisis. Esto puede generalizarse a toda Europa: es creciente el número de jóvenes de la generación Y (nacidos en las décadas de los años 80 y 90) calificados académicamente y sin trabajo (Scott, 2009). Lo mismo se informa en Canadá, con el detalle de que la actitud es la de no preocuparse. "Ya vendrán épocas mejores. Mientras tanto, disfruta la vida como puedas". El entretenimiento y el "pasarla bien" continúa, en tanto los padres hacen frente a los gastos (Findlay, 2009).

Si bien es cierto que hay múltiples factores que afectan la absorción laboral, es importante enfocar algunos aspectos específicos de la realidad social y educativa contemporánea. Por un lado se hallan la realidad y los mitos de la explotación infantil y de los esfuerzos de organismos internacionales por erradicar el trabajo y elevar al máximo la edad mínima de admisión al empleo, mientras promueven un discurso según el cual el trabajo de los menores debe ser sustituido por la asistencia a la escuela como una conquista social contemporánea.

El trabajo infantil

El problema de la explotación infantil ha recibido mucha atención durante los años recientes. De acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en 2001 había aproximadamente 250 millones de niños trabajadores entre 5 y 14 años, de los cuales al menos 120 millones estaban involucrados en trabajo de tiempo completo. Ese trabajo está diseminado

alrededor del mundo en desarrollo. En términos absolutos, Asia tenía la mayor incidencia de trabajo infantil, seguida de África y Latinoamérica (Palley, 2002). Una convención de la OIT de 1999 preconizó la prohibición y eliminación de las "peores formas de trabajo infantil", incluyendo bajo esa denominación (a) la esclavitud y el trabajo forzado, (b) la prostitución y la pornografía infantil, (c) la producción y tráfico de drogas y (d) el trabajo que ponga en riesgo la salud, la seguridad o la moral de los niños. De acuerdo con la Convención para los Derechos del Niño, por niño se entiende toda persona menor de 18 años (Noguchi, 2002). La Convención N° 138 de 1973 de la OIT había promovido la abolición de todo tipo de trabajo infantil (Art. 2) (Pierik y Houwerzijl, 2006) y establecido que sólo los niños y niñas mayores de 12 años pueden trabajar, pero solo en actividades que no "entorpezcan su formación". La OIT desarrolló múltiples programas para promover la prevención y erradicación del trabajo infantil. En América Latina existe una decena de programas de ayuda financiera con ese propósito (Sauma, 2008).

El uso de niños como soldados, por parte de las fuerzas militares de los gobiernos tanto como por grupos insurgentes rebeldes, es una práctica que en 2002 afectaba a unos 300.000 niños menores de 18 años. Esta práctica ha sido condenada por organismos civiles, religiosos y promotores de los derechos del niño como una de las peores formas de abuso infantil institucionalizado (Kimmel y Roby, 2007).

Un estudio en Turquía analizó un par de peores formas de trabajo infantil menos visibles y menos documentadas. Una de ellas, afortunadamente en disminución y casi en extinción, se trata de una antigua práctica en el noroeste de Turquía, según la cual los agricultores en mejor situación contrataban los servicios baratos de niños varones provenientes de familias pobres, mediante un acuerdo no oficial con los respectivos padres, para que les sirvan durante un período relativamente extenso. Los pagos se realizaban mensualmente a los padres, no al muchacho. Los convenios de contratación se realizaban regularmente en el "mercado de niños". El padre llevaba al niño al mercado, de modo que sus potenciales empleadores pudieran verlo y examinarlo. Esta práctica fue controlada por el gobierno y se extinguió en la década de los años 90, pero no está claro si fue totalmente erradicada. La otra, que parece estar creciendo, es el tráfico de niños desde la región sudeste de Turquía hacia las ciudades grandes con propósitos criminales, muchas veces llevado a cabo con el consentimiento de los padres, quienes alquilan o realmente venden a sus hijos a los empleadores criminales. El incremento del tráfico de niños por el crimen organizado va paralelo al incremento de la drogadicción (Degirmencioglu, Acar y Acar, 2008).

Otro grupo muy descuidado es el de las niñas trabajadoras domésticas. Blagbrough (2008) las considera un grupo particularmente vulnerable. Su trabajo es ampliamente aceptado y muchas veces la explotación ocurre de puertas adentro.

Hay estudios que han asociado el trabajo infantil con problemas de salud física y mental. Por ejemplo, en un estudio con datos de 83 países en vías de desarrollo, se encontró que el trabajo infantil está positiva y significativamente asociado con la mortalidad adolescente y la presencia de enfermedades contagiosas (Roggero, Mangiaterra, Bustreo y Rosati, 2007). Otro estudio llevado a cabo en Etiopía (Fekadu, Alem y Häggglöf, 2006) mostró que los trastornos

infantiles emocionales y conductuales son más comunes en niños trabajadores, que en niños no trabajadores.

Las crisis económicas generan una paradoja: reducen el empleo de los adultos, en tanto en muchas sociedades aumentan el trabajo infantil. Hay estudios que asocian el trabajo infantil a la pobreza (Bøås y Hatløy, 2008; Suryahadi, Priyambada y Sumarto, 2005). En el este asiático, por ejemplo, la crisis económica mundial de los años 2008-2009 trajo como consecuencia la crisis del costo de los alimentos, en el deterioro de la salud y en la deserción escolar (Patel, 2009). UNICEF y el Banco Mundial han analizado el efecto de los factores económicos y financieros y están proponiendo estrategias para reducir la vulnerabilidad del hogar y promover la reducción de riesgos con el propósito, entre otras cosas, de atender las decisiones concernientes al bienestar de los niños afrontando el problema del trabajo infantil (Guarcello, Mealli y Rosati, 2003).

Se puede atribuir el trabajo infantil a estrategias de afrontamiento de las crisis inefectivas por parte de la familia (Pantea, 2009; Mendoza, 2009). En un estudio longitudinal con niños y adolescentes brasileños, Duryea, Lam y Leison (2007) hallaron que el shock de desempleo en una familia es predictor del trabajo infantil y de la deserción o el fracaso escolar. En un trabajo realizado en Egipto, se observó que los padres que habían sido trabajadores como niños tenían un 10% más de probabilidades de poner a sus hijos a trabajar que los que no lo fueron (Wahba, 2006). Otro estudio desarrollado en Brasil (Cacciamali y Tatei, 2008) mostró que cuando la cabeza de la familia es un trabajador independiente hay mayor probabilidad de que haya trabajo infantil que cuando la cabeza de familia es un trabajador asalariado.

Un estudio longitudinal de un equipo de investigación del Banco Mundial con datos de Tanzania mostró que el aumento en casi seis horas en el trabajo infantil conduce 10 años después a una pérdida de aproximadamente un año de escolaridad y a un incremento de la probabilidad de dedicarse a la agricultura, en los varones, y de casarse a una edad más joven, en ambos géneros (Beegle, Dehejia, Gatti y Krutikova, 2008).

En un estudio llevado a cabo con niños trabajadores de 8 a 17 años en el sudoeste de Nigeria (Omokhodion, Omokhodion y Odusote, 2006), menos de la mitad de los encuestados manifestó que los niños no deberían trabajar y sólo un 2% señaló que nunca había asistido a la escuela. Un 36% veía el trabajo como una posibilidad de obtener ingresos, un 23% señaló que era una manera de ayudar a sus padres y un 17% manifestó que los capacitaba para ser adultos responsables

En un estudio con datos de Vietnam, a cinco años posteriores a la experiencia de trabajo infantil, se hallaron importantes efectos negativos sobre la participación en la escuela y el nivel educativo, pero también observaron ingresos sustancialmente más elevados para los adultos (jóvenes) que trabajaron como niños. Tampoco hallaron efectos significativos sobre la salud (Dehejia, Beegle y Gatti, 2005).

En Colombia se había hipotetizado una relación negativa entre el trabajo infantil y la nutrición. Contrario a lo esperado se halló una relación positiva entre el trabajo infantil (en el

hogar y fuera de la casa) y los indicadores de nutrición. Los resultados mostraron que los menores que trabajan tienen mejores indicadores nutricionales que quienes no lo hacen, pero tienen la misma probabilidad de trabajar. Asimismo revelaron que existe un efecto positivo del trabajo tradicional y del trabajo en el hogar, particularmente para el peso para la edad y para el índice de masa corporal. Los investigadores sugieren que el efecto positivo de trabajar se da a través de dos mecanismos principales: por un lado, al realizar trabajos en el hogar los niños “liberan” a un adulto de estos trabajos, quien puede salir a trabajar y generar mayores ingresos para el hogar, Por otra, cuando el niño sale a trabajar, recibe una remuneración por esta labor. En ambos casos, el mayor ingreso percibido por el hogar hace que mejore la capacidad económica de éste, lo cual tiene consecuencias positivas para el estado nutricional del menor (Hincapié, 2007).

Aunque se requiere mucho más investigación al respecto, hay evidencia de los efectos socializadores del trabajo infanto-juvenil, que pueden durar toda la vida. Un beneficio del empleo infanto-juvenil es su potencial efecto atenuante de la propensión criminal (Horowitz y Trivitt, 2007).

Precisiones conceptuales

Tanto los términos “work” como “labor” han sido indistintamente traducidos al español como “trabajo infantil”. Sin embargo es importante distinguir entre “children work” y “children labor”. No hay razones empíricas para asumir que el trabajo por sí mismo es dañino a los niños. Por el contrario, en muchas sociedades, especialmente en áreas rurales, el trabajo siempre fue una actividad tradicional de la niñez y puede ser considerado fundamental para la transmisión de conocimientos y habilidades de una generación a otra. Favorece el crecimiento y el desarrollo del niño y lo protege de amenazas que puedan frustrar ese desarrollo. En las sociedades no occidentales raramente el niño sólo juega y va a la escuela. También trabaja. Lo que ocurre es que el “trabajo” tiene diferentes sentidos para los niños en las diferentes sociales y varía según factores económicos y culturales. Mucho trabajo en sectores no industrializados en las sociedades en desarrollo se organizan en talleres o negocios familiares, no en fábricas impersonales, a gran escala. El hecho de trabajar en familias incluso protege a los niños de la explotación que se observó al comienzo de la revolución industrial. En este contexto, el trabajo es visto como medio de aprendizaje y de socialización (Pierik y Houwerzijl, 2006). Cuando se habla de “children labor”, se aprovecha de los miembros más vulnerables de la sociedad. Se habla de explotación deshumanizante, que interfiere con la educación, tiene efectos sobre la salud y el futuro de los niños y por el que a menudo no reciben paga alguna (Siddiqi, 2009). Aunque Jha (2009) coincide con este discurso conceptual que procura distinguir “child work” de “child labour”, tratando de separar el trabajo infantil de la explotación infantil, afirma que tal distinción no es realmente aplicable en India, donde los niños trabajan, algunos legalmente y otros ilegalmente. Aunque reconoce los esfuerzos por asegurar los derechos del niño, todavía ve la erradicación completa del trabajo infantil como una meta difícil de alcanzar. En un país desarrollado como Portugal entre un 8 y un 12% de los niños pueden ser clasificados como trabajadores. Un estudio (Goulart y Bedi, 2008) mostró que, entre esos niños, el trabajo económico dificulta el éxito educativo, en tanto el trabajo doméstico no parece perjudicial.

Formación de hábitos y gusto por el trabajo

Una postura cristiana bíblica condena la explotación infantil, pero favorece el desarrollo progresivo de una formación laboral que integre a los niños al trabajo doméstico.

Debiera enseñarse a los niños a cargar con una parte de los deberes domésticos. Se les debiera instruir en la manera de ayudar al papá y la mamá en las cositas que pueden hacer... Mientras se les está haciendo adquirir el hábito de ser útiles en el hogar, se les está educando en el cumplimiento de los deberes prácticos adaptados a su edad... Los padres que aman con sensatez a sus hijos no los dejarán crecer con hábitos de indolencia e ignorantes de la mejor manera de hacer los trabajos domésticos. (White, 1996, p. 57)

El desarrollo de hábitos de trabajo y actividad física productiva

La educación cristiana debe garantizar que los estudiantes formen hábitos de laboriosidad, enseñándoles a cumplir con los deberes prácticos de la vida diaria.

Una de las salvaguardas más seguras de los jóvenes es la ocupación útil. Los niños que han sido enseñados en hábitos de laboriosidad, de manera que todas sus horas estén dedicadas a ocupaciones útiles y placenteras, no tienen inclinación a quejarse de su suerte ni tienen tiempo para entregarse a sueños ociosos. Corren poco tiempo de formar compañías o hábitos viciosos. (White, 1996, p. 124)

Se le debe enseñar a los niños a cumplir con los deberes prácticos de la vida diaria. Mientras aún son jóvenes, la madre debe darles algunas tareas sencillas que hacer cada día. Necesitará más tiempo para enseñarlas que para hacerlas ella misma; pero recuerde que debe poner el fundamento de la utilidad en el edificio de su carácter... A ella le toca enseñar a sus hijos a cumplir rápida y hábilmente los deberes de la casa. Tan temprano en la vida como sea posible, se les debe enseñar a compartir las cargas del hogar. (pp. 124, 125)

En una sociedad como la de hoy, donde se han descuidado estos principios prácticos de “pedagogía laboral”, es necesario volver a redescubrir el valor del trabajo en la formación del carácter y la salud física y mental del niño. Ello permitirá contrarrestar los riesgos de caer en diferentes formas de adicciones a las que permanentemente está expuesto en una sociedad posmoderna llena de contravalores, desde la industria del entretenimiento, con dependencias psicológicas, hasta las formas más aberrantes de dependencia física, como el abuso de sustancias o trastornos alimentarios resultantes de un “culto a la figura”. Si la educación cristiana no previene ni rescata a la juventud de estas calamidades, habrá perdido totalmente su rumbo.

Los maestros cristianos creemos que, con la ayuda de Dios, la formación del carácter y la voluntad del estudiante mostrarán que nuestra causa no está perdida. La redención del estudiante sigue constituyendo el fin último del quehacer educativo.

Referencias

- Beegle, K., Dehejia, R. H., Gatti, R. y Krutikova, S. (2008). *The consequences of child labor: Evidence from longitudinal data in rural Tanzania*. Washington, DC: World Bank.
- Blagbrough, J. (2008). Child domestic labour: A modern form of slavery. *Children & Society*, 22, 179-190. doi:10.1111/j.1099-0860.2008.00149.x
- Bøås, M. y Hatløy, A. (2008). Child labour in West Africa: Different work—different vulnerabilities. *International Migration*, 46(3), 3-25.
- Cacciamali, M. C. y Tatei, F. (2008). Trabalho infantil e o status ocupacional dos pais. *Revista de Economia Política*, 28(2), 269-290.
- Degirmencioglu, S. M., Acar, H. y Acar, Y. B. (2008). Extreme forms of child labour in Tukey. *Children & Society*, 22, 191-200. doi:10.1111/j.1099-0860.2008.00150.x
- Dehejia, R. H., Beegle, K. y Gatti, R. (2005). *Why should we care about child labor? The education, labor market, and health consequences of child labor*. Washington, DC: World Bank.
- Duryea, S., Lam, D. y Levison, D. (2007). Effects of economic shocks on children's employment and schooling in Brazil. *Journal of Development Economics*, 84(1), 188-214.
- Fekadu, D., Alem, A. y Hägglöf, B. (2006). The prevalence of mental health problems in Ethiopian child laborers. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 47(9), 954-959. doi:10.1111/j.1469-7610.2006.01617.x
- Findlay, S. (2009, 6 de julio). Not jobless, they're 'funemployed'. *Maclean's*, pp. 54-55.
- Goulart, P. y Bedi, A. S. (2008). Child labour and educational success in Portugal. *Economics of Education Review*, 27, 575-587. doi:10.1016/j.econedurev.2007.07.002
- Guarcello, L., Mealli, F. y Rosati, F. (2003). *Household vulnerability and child labor: The effect of shocks, credit rationing and insurance*. UNICEF-World Bank Group. doi:10.1007/s12142-008-0081-3
- Hincapié, D. (2007). El trabajo infanto-juvenil y el estado nutricional de los menores colombianos. *Desarrollo y Sociedad*, 59, 63-115.
- Horowitz, A. W. y Trivitt, J. R. (2007). Does child labor reduce youth crime? *Kyklos*, 60(4), 559-573.
- Jha, M. (2009). Child workers in India: Context and complexities. *Human Rights Review*, 10, 205-218.
- Kimmel, C. E. y Roby, J. N. (2007). Institutionalized child abuse: The use of child soldiers. *International Social Work*, 50, 740-754. doi:10.1177/0020872807081901
- Krueger, A. B. (2004, 29 de abril). Economic Scene: A growing number of men are not working, so what are they doing? *New York Times*, p. 2.
- McDonald, A. y Wood, L. (2008, 1º de diciembre). Young, gifted and jobless: A generation in red. *New Statesman*, p. 20.
- Mendoza, R. U. (2009). Aggregate shocks, poor households and children: Transmission channels and policy responses. *Global Social Policy*, 9(Supp.), 55-78. doi:10.1177/1468018109106885
- Noguchi, Y. (2002). ILO Convention No. 182 on the worst forms of child labour and the Convention on the Rights of the Child. *The International Journal of Children's Rights*, 10, 355-369.
- Omokhodion, F. O., Omokhodion, S. I. y Odusote, T. O. (2006). Perceptions of child labour among working children in Ibadan, Nigeria. *Child: Care, Health & Development*, 32(3), 281-286.
- Palley, T. I. (2002). The child labor problem and the need for international labor standards. *Journal of Economic Issues*, 36(3), 601-615.
- Pantea, M. C. (2009). Performing the border of child labour: Roma working children. *Romani Studies*, 19(1), 19-48.
- Patel, M. (2009). Economic crisis and children: An overview for East Asia and the Pacific. *Global Social Policy*, 9(Supp.), 33-54. doi:10.1177/1468018109106884
- Pierik, R. y Houwerzijl, M. S. (2006). Western policies on child labor abroad. *Ethics & International Affairs*, 20(2), 193-218.
- Roggero, P., Mangiaterra, V., Bustreo, F. y Rosati, F. (2007). The health impact of child labor in developing countries: Evidences from cross-country data. *American Journal of Public Health*, 97(2), 271-275.
- Sauma, P. (2008). *Child labour and conditional cash transfer programmes in Latin America*. Geneva: ILO.
- Scott, M. (2009, 3 de agosto). Europe: The young and the jobless. *Business Week*, pp. 21-22.
- Siddiqi, A. F. (2009). Child labor dynamics in Punjab. *Journal of Third World Studies*, 26(2), 255-272.
- Suryahadi, A., Priyambada, A. y Sumarto, S. (2005). Poverty, school and work: Children during the economic crisis in Indonesia. *Development and Change*, 36(2), 351-373.
- Wahba, J. (2006). The influence of market wages and parental history on child labour and schooling in Egypt. *Journal of Population Economics*, 19, 823-852. doi: 10.1007/s00148-005-0014-2
- White, E. G. (1996). *La educación cristiana*. Miami, FL: Asociación Publicadora Interamericana.